

LEWIS CARROLL

ALICIA

EN EL

PAÍS

DE LAS

Maravillas



AUSTRAL

LEWIS CARROLL

**ALICIA EN EL PAÍS  
DE LAS MARAVILLAS**

**Traducción**

Juan Gabriel López Guix

**Ilustraciones del interior**

John Tenniel



 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Alice in Wonderland*

© por la traducción: Juan Gabriel López Guix, 2016

Ilustraciones originales de John Tenniel

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662, 6ª planta, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Martina Flor

Primera edición en Austral: octubre de 2016

Depósito legal: B. 12.819-2016

ISBN: 978-84-08-16010-6

Composición: Átona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

## ÍNDICE

	Intrépido lector	7
1	La madriguera del Conejo	15
2	El estanque de lágrimas	29
3	Una carrera política y una historia con mucha cola	43
4	El Conejo envía un mensajero	55
5	Los consejos de una oruga	73
6	Cerdo y pimienta	89
7	Una merienda de locos	107
8	El partido de cróquet de la Reina	123
9	La historia de la Falsa Tortuga	139
10	La danza de los bogavantes	155
11	¿Quién robó las tartaletas?	169
12	La declaración de Alicia	183
	Biografía del autor	199

## CAPÍTULO 1

### *La madriguera del Conejo*

Alicia empezaba a hartarse de estar junto a su hermana, sentada a la orilla del río y sin nada que hacer; una o dos veces había echado una mirada al libro que leía la hermana, pero no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y de qué sirve un libro —había pensado— sin dibujos ni diálogos?»

Así que estaba dándole vueltas (como mejor podía, ya que lo caluroso de la tarde la adormecía y atontaba) a la idea de si el placer de hacer una guirnalda de margaritas merecía el esfuerzo de levantarse e ir a buscarlas, cuando de repente pasó por su lado un conejo blanco de ojos rosados.

Aquello no tenía nada de extraordinario; y a Alicia tampoco le pareció muy sorprendente oír que el conejo murmuraba:

—¡Qué barbaridad! ¡Llegaré tardísimo!

(Al pensar de nuevo en ello más tarde, se dio cuenta de que eso tendría que haberla asombrado, pero en aquel momento le pareció muy natural.) De todos modos, cuando el Conejo sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, miró la hora y luego se alejó a toda prisa, Alicia se incorporó de un salto, pues cayó en la cuenta de que nunca había visto un conejo que llevara chaleco ni reloj que pudiera sacar del bolsillo y, ardiendo de curiosidad, lo siguió corriendo por el prado y llegó justo a tiempo para verlo desaparecer por una gran madriguera situada bajo un seto.

Por ella lo siguió Alicia un instante después, sin pararse a pensar ni un momento en cómo se las arreglaría para volver a salir.

La madriguera continuó en línea recta como un túnel durante un trecho y luego se hundió de



repente bajo sus pies, tan de repente que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse y se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo o ella cayó muy despacio, porque mientras caía le sobró tiempo para mirar a su alrededor y preguntarse qué pasaría a continuación. Primero intentó mirar hacia abajo y averiguar adónde se dirigía, pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada; luego miró a los lados del pozo y observó que estaban llenos de armarios y estanterías con libros; aquí y allá vio mapas y cuadros colgados de ganchos. Tomó al pasar un tarro de una de las repisas; tenía una etiqueta donde ponía MERMELADA DE NARANJA, pero con gran desilusión descubrió que estaba vacío; sin embargo, no quiso soltarlo, por miedo a matar a alguien más abajo, de modo que se las arregló para dejarlo en uno de los armarios mientras caía.

«Bueno —pensó Alicia—, después de una caída como ésta, ya no me asustará caerme por las escaleras. ¡Qué valiente que soy, pensarán todos en casa! ¡Vamos, que no diría nada ni aunque me cayera desde lo alto del tejado!» (Lo cual muy probablemente era cierto.)

Más abajo, más abajo, más abajo. ¿No acabaría nunca la caída?

—Me pregunto cuántos kilómetros he caído ya —dijo en voz alta—. Supongo que estoy cerca del centro de la Tierra. Vamos a ver, eso sería una profundidad de seis mil kilómetros, me parece...

(Porque, ¿sabéis?, Alicia había aprendido varias cosas de ese estilo en las clases de la escuela; y, aunque no era una oportunidad demasiado buena para mostrar sus conocimientos, puesto que no había nadie que la pudiera escuchar, no dejaba de ser un buen entrenamiento repasarlos otra vez.)

—... sí, ésa es más o menos la distancia correcta, pero me pregunto a qué latitud o longitud he llegado. —(Alicia no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le parecía que eran unas palabras bonitas e importantes.)

Enseguida retomó sus cavilaciones.

—Me pregunto si atravesaré toda la Tierra. ¡Qué divertido sería aparecer entre la gente que anda con la cabeza para abajo! Los antipatías, me parece... —(esta vez se alegró bastante de que no hubiera nadie escuchando, porque no le pareció en absoluto que aquélla fuera la palabra correc-

ta)— pero, claro, tendré que preguntarles cómo se llama el país. Por favor, señora, ¿esto es Nueva Zelanda o Australia? —(E intentó hacer una reverencia mientras hablaba... imaginaos hacer una reverencia mientras estáis cayendo por el aire. ¿Creéis que os saldría?)—. Y menuda niña ignorante creerá que soy por hacerle esa pregunta. No, qué vergüenza; a lo mejor lo veo escrito en alguna parte.

Más abajo, más abajo, más abajo. No había otra cosa que hacer, de modo que Alicia se puso a hablar de nuevo.

—¡Me parece que Dina me echará mucho de menos esta noche! —(Dina era la gata)—. Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora de la merienda. ¡Querida Dina! ¡Ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! En el aire no hay ratones, lo siento, pero podrías atrapar un murciélago, que se parece bastante a un ratón, ¿sabes? Aunque me pregunto si los gatos comen murciélagos.

Y aquí Alicia empezó a adormecerse y siguió hablando sola, como en sueños, diciéndose: «¿Los gatos comen murciélagos? ¿Los gatos comen murciélagos?», y a veces: «¿Los murciélagos comen gatos?», porque, ¿sabéis una cosa?, como no po-

día responder a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cómo las formulara. Sintió que se quedaba dormida y empezó a soñar que caminaba de la mano de Dina, a quien decía con toda seriedad: «Vamos, Dina, dime la verdad, ¿has comido alguna vez un murciélago?», cuando de repente, ¡catapum!, dio contra un montón de ramas y hojas secas, y entonces concluyó la caída.

Alicia no se hizo el menor daño y enseguida se incorporó de un salto; levantó la vista, pero arriba todo estaba oscuro; ante ella se extendía otro largo pasillo, y aún podía verse al Conejo Blanco, recorriéndolo a toda prisa. No había ni un segundo que perder; Alicia partió como el viento y llegó a tiempo de oírlo exclamar mientras doblaba una esquina:

—¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde es!

Se hallaba muy cerca de él, pero al doblar la esquina el Conejo ya se había perdido de vista; se encontró en una sala larga y baja, iluminada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

La sala estaba llena de puertas, pero todas estaban cerradas; y, cuando la hubo recorrido de arriba abajo, intentando abrirlas, regresó compungida al centro, preguntándose cómo lograría salir de ahí.

De repente, topó con una mesita de tres patas, toda ella de vidrio; encima sólo había una llavecita dorada, y la primera idea que le vino a la mente fue que podría ser de una de las puertas de la sala; pero, por desgracia, ya fuera porque las cerraduras eran demasiado grandes o porque la llave era demasiado pequeña, el caso es que no servía para abrir ninguna de ellas. Sin embargo, al recorrer la sala por segunda vez, reparó en una cortina baja que no había advertido antes y que escondía una puertecita de unos dos palmos de altura; introdujo la llave dorada en la cerradura y, para gran alegría suya, ¡encajaba!



Alicia abrió la puerta y descubrió que daba a un pequeño pasillo, no más grande que una ratonera; se arrodilló y distinguió al otro lado del pasillo el jardín más encantador que jamás hayáis visto. Cuánto deseaba salir de esa sala oscura y pasear entre esos coloridos lechos de flores y esas refrescantes fuentes, pero ni siquiera podía meter la cabeza por la puerta; «y, aunque pudiera meter la cabeza —pensó la pobre Alicia—, no me sería de ninguna utilidad sin los hombros. ¡Ah, cuánto me gustaría plegarme como un catalejo! Creo que podría hacerlo si supiera cómo empezar». Porque, como veis, le habían pasado tantas cosas poco corrientes que empezaba a pensar que eran muy pocas las realmente imposibles.

No parecía servir de nada quedarse esperando junto a la pequeña puerta, de modo que volvió hasta la mesa con la vaga esperanza de encontrar otra llave o, en cualquier caso, un libro de instrucciones que explicara la forma de plegar personas como si fueran catalejos; esta vez encontró una botella («y estoy segura de que no estaba antes», dijo Alicia) que tenía atada alrededor del cuello una etiqueta de papel con la pa-

labra BÉBEME hermosamente impresa con grandes letras.

A Alicia le parecía muy bien que dijera BÉBEME, pero la sensata niña no estaba dispuesta a obedecer a tontas y a locas. «No, primero la examinaré —dijo— para ver si está señalada o no como *veneno*»; porque había leído varias simpáticas historias sobre niños que acababan quemados, devorados por bestias salvajes y otras cosas desagradables, por no recordar las sencillas reglas que les habían enseñado sus amigos:



que un atizador al rojo vivo te quema si lo sostienes durante demasiado tiempo, por ejemplo, y que, si te cortas muy profundamente el dedo con un cuchillo, suele salirte sangre; y nunca había olvidado que, si bebes mucho de una botella que está señalada como *veneno*, casi seguro que tarde o temprano te sienta mal.

Sin embargo, en la botella no estaba señalada en ninguna parte como *veneno*, así que Alicia se arriesgó a probar su contenido y, como encontró que sabía bien (en realidad, el sabor era una mezcla de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y tostada caliente con mantequilla), no tardó en bebérselo todo.

\*                    \*                    \*                    \*  
                  \*                    \*                    \*  
\*                    \*                    \*                    \*

—¡Qué curiosa sensación! —dijo Alicia—. Debo de estar plegándome como un catalejo.

Y así era en efecto: ya medía sólo veinticinco centímetros, y se le iluminó la cara ante la idea de tener el tamaño adecuado para cruzar la puertecita que daba al encantador jardín. Sin embargo,

primero esperó un poco para ver si seguía encojiéndose más, una posibilidad que la ponía un poco nerviosa; «porque podría acabar —se dijo Alicia— desapareciendo por completo, como una vela. Me pregunto cómo sería entonces». E intentó imaginar a qué se parece la llama de una vela una vez apagada, porque no recordaba haber visto nunca semejante cosa.

Al cabo de un rato, al comprobar que no ocurría nada más, decidió adentrarse por fin en el jardín; pero, pobre Alicia, cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la pequeña llave dorada y, al regresar a la mesa a buscarla, descubrió que no le era posible alcanzarla; podía verla perfectamente a través del vidrio e intentó por todos los medios escalar una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y, cuando se cansó de intentarlo, la pobrecita se sentó y se puso a llorar.

—¡Vamos, no sirve de nada llorar así! —se dijo con bastante aspereza—. ¡Te recomiendo que dejes de hacerlo ahora mismo!

Por lo general, se daba muy buenos consejos (por más que rara vez los siguiera), y a veces se regañaba con tanta severidad que se le saltaban

las lágrimas; incluso recordaba que una vez intentó darse una bofetada por hacer trampas en el partido de cróquet que jugaba contra sí misma, porque a esta curiosa niña le gustaba mucho fingir que era dos personas. «¡Pero ahora no sirve de nada —pensó la pobre Alicia— fingir que soy dos personas! ¡Si apenas queda lo suficiente de mí como para hacer una persona respetable!»

Sus ojos no tardaron en fijarse en una cajita situada bajo la mesa: la abrió y encontró un pastel muy pequeño sobre el que estaba hermosamente escrita con pasas la palabra CÓMEME.

—Bueno, me lo comeré —dijo Alicia— y, si me hace más grande, agarraré la llave; y, si me hace más pequeña, me arrastraré por debajo de la puerta; lograré entrar en el jardín de una manera u otra, y no me importa cuál.

Dio un pequeño mordisco y se dijo con inquietud: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?», colocándose una mano sobre la cabeza para sentir si crecía o disminuía; y se sorprendió bastante al descubrir que seguía teniendo el mismo tamaño. Eso es, por supuesto, lo que suele ocurrir al comer pastel; pero Alicia se había acostumbrado tanto a esperar que sólo ocurrieran cosas poco corrientes que pa-

recía bastante aburrido y tonto que la vida siguiera su curso normal.

Así que siguió comiendo, y muy pronto se acabó todo el pastel.

\*                    \*                    \*                    \*  
                  \*                    \*                    \*  
\*                    \*                    \*                    \*